

con ánsia á su esposa, la noble reina doña María y á su hijo mayor el infante don Fernando: el rey siente sobre sí la maldición de su padre; y esto, que viene trabajándole desde hace tiempo, ha encendido su sangre, le ha producido esa calentura continúa que no tiene cura, y ha debilitado su cabeza: mucho será que no sucumba cuando menos se espere: esta noche, mañana, un día próximo.»

—Hé ahí la razón de la prisa de nuestro señor, dijo Ben-Tayde.

—¿Y á qué, viniéndose tan de prisa, se ha traído consigo una mujer? observó don Jonás.

—¡Ah! contestó Ben-Tayde; esa es una historia larga: ¡si supiérais quién es esa dama!... pero lugar hay para esto: la jornada ha sido muy larga, hemos comido mal y de prisa en una venta del camino, y tengo todo lo que puede aquejar á un hombre; hambre, sueño y cansancio: no estoy muy seguro de que el infante nuestro amo no me necesite esta noche, y por lo mismo, don Jonás, ved si los domésticos tienen ya lista la cena, cenemos y recojámonos.

—¿Y esa dama?

—Cuando digo cenemos, contestó Ben-Tayde, con la dama cuento; yo la serviré, y cuando la haya servido, cenaremos juntos vos y yo: espero que no os hayais olvidado de los escuderos que están abajo.

—Para todos habrá alimento bastante y abundante vino; pero venid, que según mis órdenes, la cena debe estar ya servida.

Y el mayordomo y el gran escudero del infante don Juan salieron de la pequeña estancia en que se encontraban á una galería que correspondía al patio de la casa, y desaparecieron por una puerta situada al fondo de aquella galería.

La noche se había hecho de todo punto tempestuosa, la lluvia se había convertido en aguacero, y el viento retronaba sonoro sobre los Cigarrales, silbando entre las almenas de la casa fuerte del infante don Juan.

CAPITULO III.

EL INFANTE DON JUAN.

I.

Este siguió á gran paso por la áspera subida de San Martín hasta la puerta del Cambrón, por la que pasó sin ser reparado de nadie, porque los guardas, á causa de la inclemencia de la noche, estaban metidos en el espacio que les servía de cuerpo de guardia de la parte de adentro de la puerta.

Desde allí, por un laberinto de callejas estrechas y pendientes, que han perdido sus nombres, llegó á Zocodover, y atravesando la plaza, desierta á causa del mal tiempo, tomó por la calle que ahora se llama de las Armas, llegando á una plazuela donde se levantaba unido al antiguo alcázar el monasterio de San Pedro de las Dueñas.

Por aquella plazuela cruzaba de tiempo en tiempo alguno que entraba en el alcázar ó que había salido de él.

Este alcázar y el monasterio adjunto á él, que ya no existen, ocupaban el mismo lugar que hoy ocupa el convento de Caba-

lleras de Santiago de Santa Fé, unido á los restos del palacio de la Infanta Galiana, que entonces mejor conservado formaba un grupo con el antiguo alcázar y el antiguo monasterio que ya no existen: tanto el alcázar como el convento y como el viejo palacio de Galiana, estaban contenidos en el recinto de un muro de piedra almenado, torreado de trecho en trecho y abierto por la parte de medio dia por una fuerte poterna flanqueada por dos grandes torres bizantinas, unidas entre sí por una bella galea con estátuas de reyes godos, coronada por un adarve erizado de puntiagudas almenas reales.

Rodeaba una profunda caba ó foso este recinto, y un enorme puente levadizo, echado á la sazón, facilitaba el acceso á la profunda arcada de la poterna.

II.

El infante atravesó el puente, y junto al rastrillo que estaba á medio alzar, le detuvo un balletero que hacia la guarda, y que sobre su sayo de gamuza mostraba una pequeña cota de armas, en la que se veían en cuarterones castillos de oro en campo de gules y leones rampantes de gules en campo de plata.

—¿Quién es el capitán de la guarda? preguntó con altivez el infante al balletero.

—El señor Iñigo Suarez de Figueroa, contestó el soldado.

El infante se dirigió á una pequeña puerta que estaba á la derecha, practicada en el gruesísimo muro.

—¿A dónde vais? dijo el balletero, que miraba con recelo al infante, no conociéndole á causa de su aspecto y de sus armas.

—Entro á ver á vuestro capitán, contestó el infante.

Y se entró por aquella puertecilla, sin que el balletero, dominado por el acento y por la mirada del infante, se atreviese á insistir.

III.

Encontróse á poco el infante en un aposento muy reducido, practicado al parecer en el macizo de una de las torres que flanqueaban la poterna, y que no debia tener mas luz de dia que la que penetrase por una estrecha y profunda saetera.

Allí, sentado en un taburete de pino, apoyado en una tosca mesa en que ardia una lámpara de hierro, y visiblemente fastidiado, habia un caballero, que tal lo parecia por su aspecto, de barba gris y cabellos canos, de semblante noble y de mirada tranquila y grave.

Vestia las preseas de capitán de balleteros del rey.

Llevaba en vez de sayo una fuerte loriga, sobre ella una cota de armas con el blason real, en la cabeza birrete de acero forrado de tela de oro, al cinto una ancha y fuerte espada, y tenia á mano, apoyada contra la pared, una partesana.

En aquel aposento no habia lecho ni nada que pudiese servir para el descanso.

IV.

Al ver ante sí al infante, el capitán Iñigo Suarez se levantó violentamente, y echó mano á su espada creyéndose sorprendido. En el primer momento no habia visto otra cosa que un golfin, esto es, un bandido.

Pero instantáneamente, su mano abandonó la empuñadura de su espada, y en su semblante se pintó una espresion de asombro.

—¿Cómo, señor! exclamó, ¿vos en tal traje, en tal sitio y á tal hora?

Soldado viejo de Sancho IV y antes de Alonso X habia reconocido al infante don Juan.

—Necesario ha sido este disfraz por las turbulencias de la tierra, contestó el infante: decidme ahora, capitán Iñigo: ¿llego á tiempo?

La voz del infante don Juan era ligeramente temblorosa; no sabemos si por conmoción á causa del estado en que se encontraba el rey, ó por su impaciencia, por lo importante que para él era la vida ó la muerte del rey don Sancho IV.

—¿Y venís, señor, á ver á su señoría? preguntó con estrañeza el capitán: porque todo el mundo sabia que el infante don Juan estaba en tierra de moros, en desgracia del rey.

El infante sacó de nuevo de entre su loriga la cédula que antes habia mostrado á los dos cuadrilleros de la Santa Hermandad, y la dió al capitán.

Este la leyó.

—¡Ah, señor! dijo despues de haberla leído: permitidme os manifieste mi alegría por veros vuelto á la gracia del rey mi señor.

Y devolvió la cédula al infante inclinándose profundamente.

—¿Quiénes son, dijo el infante, los prelados, magnates y caballeros que están al lado del señor rey mi hermano?

—Está primeramente el señor infante don Enrique el Senador, contestó el capitán.

Se nubló de una manera visible el semblante de don Juan, y en sus poderosos ojos brilló un relámpago sombrío.

—¿Y quién mas? dijo.

—Don Gonzalo, arzobispo de Toledo, contestó el capitán, y don Juan Nuñez de Lara, y don Diego Lopez de Haro y el señor infante don Juan Manuel.

—Cesad, capitán: id, buscadme al niño infante, y decidle sin que nadie os oiga, que le espera aquí su buen tío el infante don Juan: que venga.

El capitán salió.

El infante don Juan se quedó paseando de un lado á otro de la reducida estancia, profundamente pensativo y visiblemente contrariado.

V.

—¡Don Enrique el Senador! dijo, ¡el hombre terrible de quien no se han creído seguros nuestros primos de Nápoles, sino manteniéndole veintiseis años preso! ¡el hermano del rey don Fernando el III, nuestro buen tío, del cual no ha sabido separarse mi hermano desde que salió de prision, absuelto por el Santo Padre! ¡Ah! será necesario luchar con él, con un hombre cuya ambición es insaciable: ¡y aquí tambien don Juan Nuñez de Lara! ¡y tambien aquí don Diego Lopez de Haro! ¡los lobos en derredor del leon espirante para arrojarle en cuanto muera sobre la presa que el leon tiene aún entre sus garras! Ese pobre niño, que aún no puede sentir la sed de la ambición, él, él es el mejor medio para que yo me entienda cuanto antes con doña María.

El infante guardó silencio por algunos segundos.

—Los hijos de mi hermano son ilegítimos, murmuró al fin; el Santo Padre no ha dispensado aún el parentesco que existe entre mi hermano y ella: nadie tiene mejor derecho que yo á la corona: yo soy el tercer hijo del rey don Alonso. Los reinos no quieren mas minorías: ¡y qué haré yo mas que lo que ha hecho el rey don Sancho mi hermano cuando se presentó á los reinos alegando mejor derecho á la corona que los hijos de su hermano difunto primogénito? y aquellos eran legítimos, mientras que los de mi hermano don Sancho no lo son.

El infante volvió á guardar silencio.

—¡Cuánto tarda el capitán, dijo, y cuán terrible es la impaciencia que me devora! ¡Ah! por fin.....

Se oían unos pasos rápidos y poderosos que se acercaban.

A poco entró el capitán.

—Señor, dijo, el infante don Juan Manuel está en estos momentos en la cámara del rey mi señor hablando con él.

—¡Ah! ¡mi hermano habla con el jóven infante don Juan

Manuel! dijo el infante don Juan con su acento frio, seco, grave. ¿Y la reina?

—Su señoría está transida de dolor en su cámara con los señores infantes sus hijos: el físico del señor rey, don Abraham, ha pronosticado que su señoría el rey no saldrá de la noche, y lo mismo ha dicho don Kag, físico del señor infante don Juan Manuel.

—Y decidme: ¿don Abraham está fuera de la cámara de su señoría el rey?

—Sí señor; acabo de verle en la antecámara hablando con los prelados, infantes y señores que en la cámara están.

—Pues bien, señor Iñigo Suarez, dijo el infante; id y decid á don Abraham que estoy aquí, y que le suplico que venga al momento: otro sí: os encargo, ya que me olvidé de encargároslo antes, que á persona viviente reveleis que yo estoy en el alcázar: encargadlo asimismo á don Abraham.

El capitan partió de nuevo.

VI.

A poco volvió con un anciano alto y flaco, cuya fisonomía dejaba conocer los rasgos característicos de la raza hebrea.

Aquel hombre era don Abraham, médico del rey don Sancho IV.

Vestia una túnica estrecha de paño negro con mangas perdidas, prolongada hasta los piés y cerrada por delante con una hilera de botones; una especie de capa azul de lana que no pasaba de las rodillas, y un birrete amarillo rodeado por una toca blanca, cuyo extremo caía sobre su pecho, y pasando sobre su hombro izquierdo, pendía por la espalda hasta la cintura.

Al ver al infante se inclinó humildemente.

—¡Aquí vuesa merced, señor infante don Juan! exclamó con profundo acento admirativo.

—Ante todo, la vida del rey, exclamó afectando perfectamente una conmoción que no sentía el infante.

—La vida de los reyes, como la de los esclavos, está en las manos de Dios, respondió tristemente el judío.

—Es decir, que no hay esperanza, preguntó con ansiedad el infante.

—Ninguna, si Dios no hace un milagro, señor, respondió don Abraham.

—Quiero ver á mi hermano, repuso el infante; pero quiero verle secretamente.

—¡Señor!... exclamó con acento indeciso don Abraham.

—El rey me espera, dijo don Juan; y en muestra de ello, ved.

Y por tercera vez, el infante sacó á luz la real cédula para mostrarla á don Abraham.

—¡Ah! dijo el médico despues de leerla; muy guardado tenía esto su señoría; y hasta de su esposa, porque no hace una hora me decía la noble reina: «En este duro trance en que Dios me ha puesto, me inquieta la ausencia del infante don Juan en tierra de moros.»

—¿Eso ha dicho la reina? exclamó el infante afectándose mucho mas conmovido: guiad, guiad, don Abraham; llevadme por pasajes ocultos á la cámara de la reina: y vos, capitan Iñigo Suarez, olvidaos de que me habeis visto.

Y haciendo una señal imperativa al médico judío, este salió, siguióle don Juan, atravesaron la sombría arcada que empezaba en la poterna y terminaba en el patio, le cruzaron, y en un ángulo de sus tétricas galerías bizantinas, mal alumbradas por algunos faroles, se perdieron por una puertecilla, en la cual empezaba un estrechísimo caracol de piedra.